

mientos cobren una fuerza inusitada. Para comenzar, habría que advertir que la novela publicada por Alfaguara es una traducción: es decir, que originalmente fue escrita en inglés, y que se percibe en el tono que el autor ha estado muy cerca de la narrativa escrita en esa lengua, y específicamente cercano a los autores gringos que tanta buena narrativa han producido desde Hawthorne y Edgar Allan Poe hasta la fecha. Y es que en esa manera de narrar que ellos han ido inventando hay una forma diferente de acercarse a las cosas, una visión del mundo bastante singular: un lirismo mestizo en el que se escuchan ecos del negro espiritual y de viejas canciones irlandesas, como bien puede percibirse en las obras de William Faulkner, o de Carson McCullers, o de Truman Capote. La traducción hecha por Nicolás Suescún es impecable; y no lo digo porque conozca el original en inglés, sino por que se siente esa cadencia de la cual hablaba, ese amoroso desplazarse de los personajes a través de la historia. Yo sólo haría, con todo respeto, una observación, y es que hay una muletilla usada a cada minuto en los diálogos y que Suescún traduce como *no cierto*, pudiendo haber utilizado con toda naturalidad un *¿no es cierto?*, sin que se altere el sentido. Él opta por utilizar demasiado literalmente un colombianismo que no sé si en otros países captan muy bien. Pero de todas maneras es una discrepancia mínima y hay que exaltar, como siempre, lo acertada de la traducción de Suescún, quien nos ha entregado a lo largo de los años una buena porción de libros traducidos por él, que no podemos menos que agradecer —léase *El río* de Wade Davis, o *Los periodistas literarios*, por mencionar sólo dos títulos—. Volviendo al autor, aunque las influencias de autores norteamericanos en nuestra literatura de los últimos tiempos sea cosa conocida y tratinada, esas influencias han sido más de carácter temático o mítico y no de tono. En esta novela de Jaime Manrique hay una respiración, una melodía que, al menos yo, no había oído en español,

y menos ese tono puesto al servicio de una historia tan nuestra, porque, aunque todo el cuento suceda en Nueva York, el paisaje mental en el que viven todos los personajes —y, obviamente, los protagonistas— es muy colombiano. Dudo mucho que Manrique conozca una pequeña novela de Fernando González llamada *Salomé*, y que trata de la amistad de un hombre con su gato. De esta obra puede decirse otro tanto, pues al final, hecho un balance de la lectura, uno concluye que ése realmente es el tema del libro: la amistad de un hombre con su gato.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Afán pedagogizante

Aventura en el Amazonas

Francisco Leal Quevedo
(ilustraciones: Daniel Rabanal)
Editorial Alfaguara, colección
Alfaguara Infantil, Bogotá, 2003,
94 págs.

Nashi y Mayam, dos hermanos mellizos, niño y niña, son los protagonistas de *Aventura en el Amazonas* y son también sus relatores. En capítulos intercalados “al limón”, como lo explica al inicio el autor, los niños van narrando diferentes situaciones y pequeñas aventuras en el Amazonas. Son hijos de madre indígena, Wayra, y padre blanco, Antonio, oriundo del Caribe colombiano.

El relato comienza con el viaje a una isla en el río Amazonas, a donde van a vivir con otras cinco familias y a trabajar en comunidad. Después de haber construido las casas, alcanzan a vivir allí sólo seis meses, debido a la crecida del río, y se mudan a Puerto Nariño. El papá se hace una canoa para transportar a los turistas y la mamá vende almuerzos.

En cada capítulo los niños cuentan, más que aventuras, anécdotas diferentes sobre la vida familiar y

cotidiana, logrando reconstruir una especie de guía sobre la fauna y la vegetación propias de esta zona, sobre el río, los peces, las costumbres, la comida, en fin, todo lo referente a las culturas indígenas del Amazonas.



Hay una intención claramente didáctica en la narración de ambos niños que, a mi juicio, le resta valor literario, convirtiendo el relato, más en un pretexto para transmitir valores, imágenes y forma de vida de los indígenas, que en un texto de aventuras. Debido a esta intención, el lector conoce y aprende los nombres y las características de los diferentes peces del río, los tipos de vivienda, la manera de construir una canoa, las comidas típicas, la manera de improvisar un cambuche a orillas del río, los nombres de las lenguas que hablan los diferentes grupos indígenas. Hasta pueden vislumbrarse algunos de los secretos de los chamanes.

Esta misma intención didáctica le resta mucho a la emoción y expectativa que puede generar el relato de una aventura, pues el interés no está centrado en lo que pasa ni en el personaje que vive la aventura, sino en transmitir un mensaje, ya sea ecológico, ya sea moral.

Ésta es una de las confusiones que aún hoy se presentan mucho en la literatura dirigida a los niños lectores: el afán de enseñar o de entregar un mensaje al niño por parte del adulto, bien intencionado, seguramente, pero que desconoce los rigores del género y la función estética que con sólo deleitar ya está cumpliendo con su razón de ser.

El manejo didáctico de la literatura desvirtúa al género narrativo, en la medida en que los sucesos pierden fuerza e interés y los personajes no alcanzan a configurarse como reales. Por ejemplo, en este libro, el lector no percibe mucha diferencia entre la

personalidad de Nashi y la de Mayam, pues se han convertido, más que en personajes, en medios para transmitir un conocimiento. Son, además, poco reales, en la medida en que son dos niños demasiado buenos y perfectos. Hay una idealización de la infancia que no solamente desdibuja a los personajes niños, sino que está igualmente cargada del deseo de ejemplarizar. Es como si dijera de manera implícita: así deben portarse los niños buenos.

A pesar de este tono didáctico general de la obra, hay algunas escenas bien logradas, precisamente por no adoptar la intención de legar ningún mensaje, como la subida de los niños por la escalera de cuerdas hasta la copa de un árbol gigante o la escena de los niños sobre un tronco flotante.

Tres contrincantes aceptaron la apuesta. Nos montamos a horcajadas sobre unos árboles enormes que bajaban. Cuando los cuatro estuvimos listos, una seña nos ordenó ponernos de pie sobre el tronco. El primero cayó pronto. Al cabo de tres minutos sobrevivíamos dos. La lucha con el último fue difícil. Cuando cayó me di cuenta [de] que no había calculado que iba a alejarme demasiado de la isla. La corriente iba más rápido de lo esperado. La última playa había quedado atrás. Pero no podía perder... [pág. 20]

Hay otros momentos más cercanos al relato literario de aventuras, como cuando los niños se pierden en la selva. Se habían ido detrás del chamán, quien fue a buscar "la sogá del muerto" para curar a la abuela. Los niños, al oír ese nombre, creyeron que se trataba de una sogá para matar a la abuela y evitarle así mayores sufrimientos. Asustados, decidieron seguir al anciano indígena y, debido a que no conocían bien la selva, se perdieron. No puede el lector dejar de recordar a Hansel y Gretel perdidos en el bosque y tratando de encontrar el camino de regreso a casa. Aquí la diferencia es que no es un bosque sino una selva virgen, más peligrosa aún,

y que ellos no han sido abandonados por sus padres, sino que los llevó la curiosidad.

Caminamos una hora más. Estábamos cansados y asustados. Empezamos a sobresaltarnos con cada ruido de la selva. Ante todo debemos conservar la calma, me repetía... [pág. 83]

Los niños hacen fuego intentando lanzar señales de humo; lo que logran es una débil fogata que no alcanza a producir el humo suficiente como para superar la altura de los gigantescos árboles de la selva. Después de pensar en cómo salir de allí, encuentran una ceiba de enormes bambas y empiezan a golpearlas con el fin de producir sonidos y así ser ubicados. Al poco tiempo escucharon respuesta.

Toda esta aventura está bien contada y se sostendría sola. Lo que le hace perder su efecto literario es lo que viene después: el mensaje moralista.

El abuelo nos dijo seriamente: —Han sido muy imprudentes en arriesgar sus vidas tan tontamente. La selva no es un juego. Si en el día es peligrosa, en la noche puede ser de vida o muerte. Aunque he de reconocer que han sido valientes e inteligentes para sobrevivir. La selva está llena de riesgos y no es conveniente aumentarlos. Además hay riesgos inútiles, como éste. [pág. 87]

Quizá con una frase del abuelo hubiera sido suficiente para mostrarnos su indignación. Pero no. El autor siente la necesidad de hacer explícita la lección: la selva es peligrosa y no deben irse solos. O en otros casos la lección no es moral sino ecológica, como cuando el padre les explica a los niños cómo funciona la cadena de alimentación:

Las garzas se comen los peces; nosotros nos comemos los pollos o el ganado, tu perro Brujo caza pájaros y hasta se atreve a perseguir gallinas. La naturaleza sabe cómo hace las cosas, aunque al

principio no lo entendamos. Hace muchos siglos el hombre... [pág. 56]

Y así sigue la lección como si fuera una clase de biología.



Como ya dije anteriormente, quizá el desacierto de esta historia esté precisamente en la intención: prima la intención didáctica y moralizante por sobre la intención artística y literaria. Y aunque es cierto que la literatura también enseña cosas, lo hace de manera indirecta, como un "valor agregado", pero no como su función primordial.

Esto es una lástima, porque hay buena ambientación, descripciones de la naturaleza del Amazonas claras y sencillas, incorporación de las costumbres de los indígenas, elementos todos que podrían servir de tejido a una buena historia, o a una buena serie de historias o pequeñas aventuras; pero no se logra, debido a los discursos y lecciones de los adultos que se hacen explícitos a cada momento a través, ya sea de la madre, ya sea del padre o ya sea del abuelo.

Francisco Leal Quevedo es un médico pediatra, y ésta es su primera obra publicada para los jóvenes lectores. Quizá le haga falta conocer más sobre la literatura infantil moderna, que ha logrado superar la necesidad de educar al niño y ha logrado considerarlo un lector creativo, capaz de disfrutar de un relato por el puro gusto de hacerlo, sin necesidad de sacar lecciones de más.

Éstas se dan a través del discurso pedagógico o de otro tipo de texto, como el documental o el informativo, los cuales están más cerca de la escuela y la academia que de la vida. Curiosamente, y en contravía de todo lo dicho anteriormente, este libro fue finalista del Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura 2003. Quizá a los jurados los movió también el afán pedagogizante, ¿quién sabe?

BEATRIZ HELENA
ROBLEDO

La oralidad cuenta con otro clásico

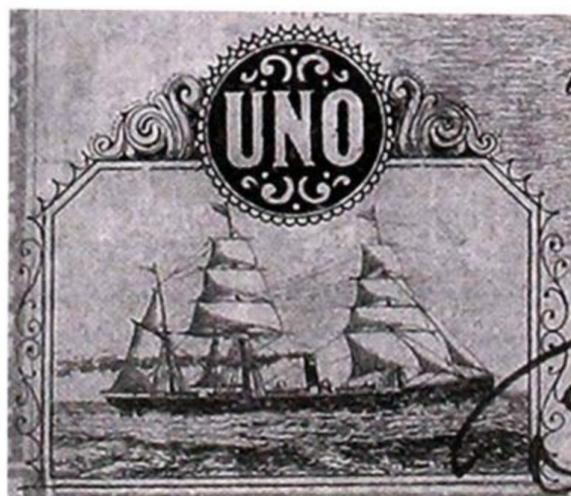
Imaginación y oficio. Conversaciones con seis poetas colombianos

Piedad Bonnett Vélez

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2003, 217 págs.

Piedad Bonnett tardó tres años en armar este libro de entrevistas con seis poetas, y para ello contó con la beca de Estímulos a la Creación y a la Investigación del Ministerio de Cultura 1998, la que le debe haber dado algún dinerito y sobre todo tiempo (bendiciones ambos). También le dio un asistente: el señor Norman Valencia “con paciencia y buen juicio transcribió el material y me ayudó en la consecución bibliográfica” (pág. X). El prefacio tiene dos paginitas y las notas biobibliográficas (hacer una lista de los títulos de los autores no parecería una tarea para Hércules, ¿verdad?) otras tres. Las presentaciones ocupan dos páginas por personaje. Tenemos, pues, un total de diecisiete páginas, al margen de las conversaciones mismas. Hemos de agradecerle al Altísimo el que la autora no se propusiera entrevistar a veinte poetas, pues todavía estaríamos esperando la transcripción de las cintas. Sin embargo, ese hipotético libro de veinte conversaciones sería un clásico absoluto.

Digo esto por una razón sencilla: el libro de Piedad Bonnett es magnífico, y es una pena que nuestra poeta no haya incluido a más autores ni hubiese intentado, por ejemplo, una entrevista con María Mercedes Carranza —hoy trágicamente desaparecida—, porque la perspicacia de la entrevistadora habría conseguido respuestas interesantísimas de la autora de *Vainas*¹. Bonnett hace que los interlocutores se sientan a gusto y consigue, con una suavidad muy atinada, que suelten la lengua sin que se note aspereza alguna (salvo en las “huidas” constantes de don Rogelio Echavarría, como veremos más adelante). Éste es un libro poético y para disfrute similar. A la vez, las entrevistas largas —como deben ser, a la manera de las legendarias de Paris Review— permiten otro tipo de conocimiento de los entrevistados: la palabra que se suelta y desliza también sus propios fantasmas, ciertos perfiles insospechados. Dicho de otro modo: la entrevista con una persona de carne y hueso que habla de su propia vida, formación cultural y los poemas que tienen la vida de los sueños, revela además a *otra persona* que ignorábamos por completo. Las habas se cuecen, sí, hasta en los silencios.



Fernando Charry Lara está condenado a ser un maestro en muchas cosas. En primer lugar, la inteligencia domina sus respuestas y por extensión es apreciada en los demás². Luego tenemos esa modestia que no significa andar pisando huevos para evitar los roces. No, señor. Charry Lara dice lo suyo y punto: “Neruda es un poeta sensacional [...] y en el *Canto general*, al lado del fárrago

—porque es un libro farragoso— de pronto hay poemas extraordinarios” (pág. 15). Y de súbito esta sorprendente afirmación: “...en ningún poema mío hay una sola línea que pueda tomarse como programática de mi poesía” (pág. 21). Se respeta, pero no se acata. Si un verso transmitiera sólo una onza de belleza, la que sueña el poeta, entonces todo sería muy fácil; lo bello de la poesía, en verdad, radica en que los objetos verbales que llamamos poemas transmiten mucho más de lo que sus creadores se han propuesto. Por lo mismo, toda la poesía de don Fernando no hace más que decirnos que escribir es un acto solitario y riguroso, que la imagen debe pasar por el cedazo de la razón, que el ritmo existe de acuerdo con el oído interno del propio objeto y no con el capricho de quien manipula el lenguaje. Esto lo dicen sus poemas sin pronunciar una sola sentencia, ¿verdad?

Giovanni Quessep es un tremendo caso, como habría dicho Celia Cruz. Y Bonnett contribuye con cierta ingenuidad a esta especie de mito del personaje evanescente (un ángel flaquito del islam criollo) que no posa los pies sobre la tierra y que se la pasa mirando las estrellas en actitud meditativa (sin el anzuelo ni el balde de Simón el Bobito, alabado sea el Señor). Pero si Quessep piensa mucho y medita mucho, es muy poco lo que nos llega a nosotros de tales ensimismamientos. En realidad, son varios los mitos que proyecta la *otra persona* que habla a través del poeta de *El ser no es una fábula*. Como no conozco a la persona Quessep, sólo tengo a sus representantes verbales. Y éstos me cuentan varios chismes de sesgo: tener la osadía de presentar a Borges en verso es como hacer la presentación de Pelé —el único, el Rey: Dieguito es un paje a su lado, aunque hiervan mis amigos argentinos— mientras intentamos dominar una pelota en el escenario. Se necesita ser o muy candelajón o muy narcisista, escoja cada quien³. Me da la sensación de que este señor tiene una imagen tremendamente enaltecedora de sí mismo, y sería bueno poner evidencias.